

Presentación

Lecciones del pasado

Cuando en 1499, o quizá un año antes, el primer lector abrió las páginas de *La Celestina* seguramente escuchó voces que le recordaban una vieja historia bíblica: Así debió reconocer que “todas las cosas son creadas a manera de contienda o batalla”, dice aquel gran sabio Heráclito en este modo: “Omnia secundum litem fiunt”. Sentencia a mi ver digna de perpetua y recordable memoria; y como sea cierto que toda palabra del hombre sciente está preñada, de ésta se puede decir que de muy hinchada y llena quiere reventar, echando de sí tan crecidos ramos y hojas, que del menor pimpollo se sacarían hartos frutos entre personas discretas. (...) Hallé esta sentencia corroborada por aquel gran orador y poeta laureado, Francisco Petrarca, diciendo: “Sine lite arque offensione nihil genuit natura parens”. “Sin lid y ofensión ninguna cosa engendró la natura, madre de todo”. (...) “En verdad así es, y así todas las cosas de esto dan testimonio: las estrellas se encuentran en el arrebatado firmamento del cielo, los adversos elementos unos con otros rompen pelea, tremen las tierras, ondean los mares, el aire se sacude, suenan las llamas, los vientos contienden entre sí, traen perpetua guerra, los tiempos con tiempos contienden y litigan entre sí, uno a uno y todos contra nosotros”. El verano vemos que nos aqueja con calor demasiado, el invierno con frío y aspereza.

Pues entre los animales ningún género carece de guerra: peces, fieras, aves, serpientes, de lo cual todo, una especie a otra persigue. El león al lobo, el lobo a la cabra, el perro a la liebre y, si no pareciese conseja de tras el fuego, yo llevaría más al cabo esta cuenta. (...)

¿Pues qué diremos entre los hombres a quien todo lo sobredicho es sujeto? ¿Quién explanará sus guerras, sus enemistades, sus envidias, sus aceleramientos, movimientos y descontentamientos? ¿Aquel mudar de trajes, aquel derribar y renovar edificios, y otros muchos afectos diversos y variedades que de esta nuestra flaca humanidad nos provienen? Violencia todo violencia.

Cinco siglos más tarde, frente al límite, yo abro un libro de Tzvetan Todorov y comprendo que es difícil comparar la maldad. Es difícil comparar la maldad de un siglo con la de otro, ya que no es posible conocer ambas desde dentro y, sin embargo, todo nos hace creer que, en el siglo XX, en Europa, hemos asistido a un despliegue del mal que jamás (o muy raramente) se había producido antes: no solamente por el número de muertos, sino también por el sufrimiento infligido a las víctimas y por la degradación de los verdugos. ¿Cómo explicárnoslo? —pregunta Todorov—. “No creo que el mal mismo haya cambiado de naturaleza: consiste siempre en negar a alguien su derecho a ser plenamente humano; ni creo tampoco que la especie humana haya sufrido una mutación; ni, en fin, que un fanatismo nuevo, de una potencia jamás vista, haya aparecido súbitamente. Lo que ha hecho posible este mal inmenso son los rasgos comunes y cotidianos de nuestra vida: la fragmentación del mundo, la despersonalización de las relaciones humanas...”

También pensamos al respecto en un cuadro de Paul Klee. En él está representado un ángel que parece como si estuviese a punto de alejarse de algo que mira atónitamente. Sus ojos están desmesuradamente abiertos, abierta su boca, las alas tendidas. El ángel de la historia ha de tener aspecto. Tiene el rostro vuelto hacia el pasado. En lo que a nosotros nos aparece como una cadena de acontecimientos, él ve una sola catástrofe, que incesantemente apila ruina sobre ruina y se las arroja a sus pies. Bien quisiera demorarse, despertar a los muertos y volver a juntar lo destrozado. Pero una tempestad sopla desde el Paraíso, que se ha enredado en sus alas y es tan fuerte que el ángel ya no puede plegarlas. Esta tempestad lo arrastra irresistiblemente hacia el futuro, al que vuelve las espaldas, mientras el cúmulo de ruinas crece ante él hasta el cielo. Esta tempestad es lo que llamamos “progreso”: ¿Progreso?

La barbarie alojada en el propio concepto de la cultura, el mundo como contienda, el mito del mundo como castigo: entonces, ¿cómo, por qué luchar con el ángel, sostener otra contienda, formular la utopía? ¿Por qué reflexionar sobre las formas y figuraciones de la violencia en el siglo XX? Quizás porque la humanidad tiene que despedirse reconciliada de su pasado, dar algo por concluido y dejar paso a algo nuevo; debemos enterrar a nuestros muertos, desterrar a los fantasmas, articular el pasado, apoderarnos de un recuerdo tal como éste relampaguea en un instante de peligro. Tal vez porque cuando todo es desencanto, inseguridad y simulacro, cuando se habla de fin, crisis, ruptura y nos televisan bombardeos y genocidios en línea directa como Pleberio preguntamos: “¡Oh tierra dura!, ¿cómo me sostienes?, ¿a dónde hallará abrigo mi desconsolada vejez?”, podemos responder que aún permanece la verdad de que cada final de la historia contiene necesariamente un nuevo comienzo: el único “mensaje” que le es dado producir al final. El comienzo antes de convertirse en acontecimiento histórico ofrece al hombre la suprema capacidad de ejercer la libertad, el libre albedrío y actuar sobre la materia y el mundo conociendo el pasado, actuar y así no sólo mirar atónitamente las ruinas que nos ofrecen las versiones apocalípticas sino también las fórmulas posibles del futuro “initium ut esset homo crecultus est”: “para que un comienzo se hiciera fue creado el hombre”, dice San Agustín.

O, tal vez, todo es mucho más simple y estamos aquí por: “el milagro de existir / el instinto de buscar / la fortuna de encontrar / el gusto de conocer / la ilusión de vislumbrar / el placer de coincidir / el temor de reincidir / el orgullo de gustar...”

MARÍA NIEVES ALONSO

EL HOLOCAUSTO